

ESQUILO Y SOFOCLES A TRAVES DE "LAS COEFORAS" Y "ELECTRA"

Las notas fundamentales del espíritu esquiliano pueden explicarse bien por la circunstancia específica de su función de creador. Establecida la separación señalada por la tendencia original del ditirambo y la intervención de personajes humanos en la tragedia, fué sólo un problema de evolución natural el de la neta definición de ambos perfiles. El ditirambo, que actuaba regido por las normas de una liturgia cerrada, constreñía su horizonte estético al gravitar en torno al factor musical, divino por su esencia artística, pero incapaz por entonces de una indispensable superación.

La tragedia propiamente dicha representaba, en cambio, el tinglado sobre el que alternaban coro, dioses y hombres abocados a la solución de problemas formidables. Aquellos, los dioses, eran la encarnación de principios dominadores y ultraterrenos, y éstos, la expresión de aspectos de la fría razón. La necesidad de adecuar estos caracteres al temperamento del grueso público ateniense, de darle un sentido social a un género que recién comenzaba a esbozarse, es la básica explicación de la particularidad de la construcción esquiliana. Aparte de la huella del espíritu robusto del autor, que huelga consignarla por supuesto, podemos encontrar allí la clave de la rotundidad y fuerza épica de sus personajes y acciones y, en este caso particular, de los conflictos planteados en la trilogía fundamental de "La Orestíada".

Orestes y Electra, hijos de Agamenón, maduran con preocupación singular el plan de venganza por la muerte de su padre victimado por Egisto y Clitemnestra. No son sus pensamientos inflexibles el fruto natural de una reflexión consciente sobre la injusta impunidad de ese delito sino la marca de un estado obsesivo que se explica sólo por la acción superior e inexorable del destino. Los desvelos, los afanes, los cuidados, que para su propósito dedican son sólo reacciones personales secundarias ante la fatalidad de una venganza futura que se tiene que cumplir. Es éste el argumento central de "Las coéforas".

Su lenguaje grandilocuente, su pasión impetuosa, su fuerza de religiosidad, se aprecian profundamente en esta obra. Es típico de Esquilo un estilo cortado y fuerte que ha merecido a varios comentaristas la observación de poco helénico dada su falta de suave armoniosidad y de mayor cuidado del clásico equilibrio formal.

Como en todas las obras artísticas geniales que solucionan el problema estético de brindar la multiplicidad en la unidad, podemos encontrar en algunos pasajes aislados de "Las coéforas" ex-

presiones objetivas que pintan magníficamente el espíritu atormentado del autor:

ELECTRA.—¿Y a quiénes podría llamar sus amigos?

CORO.—Desde luego a tí y después a todo el que odie a Egisto.

CORO.—Que Dios u hombre venga sobre ellos...

ELECTRA.—¿Un juez o un vengador?

ELECTRA.—Dí sin más hablar: cualquiera que, a su vez, les dé muerte.

ELECTRA.—¿Pero, crees tú que sin impiedad podré pedir tal a los dioses?

CORO.—Pues, ¿cómo no ha de ser justo volver mal por mal a un enemigo?

CORO.—Lo que sucedió ya lo sabes; lo que debe suceder pregúntaselo a tu odio.

Así es el teatro de Esquilo y así es, también su trilogía de "La Orestíada" de la que constituye "Las coéforas" una grandiosa expresión.

La diferencia entre Sófocles y Esquilo es la diferencia existente entre dos momentos sucesivos de la evolución del teatro ateniense. El primero es el que inicia la tarea sin poder desprenderse por completo del sentido religioso original del ditirambo; Sófocles, que al principio participa en algo de la cualidad del teatro esquiliano, deviene más tarde un trágico de puras líneas clásicas que desenvuelve en forma admirable asuntos intensos pero vividos por personajes humanos. Mientras en Esquilo los personajes son sólo instrumentos de un sino inexorable, en Sócrates se plantean problemas psicológicos reales que revelan un interesante conocimiento de los caracteres del alma humana.

Ya no son los actores los fieles ejecutores de designios sobre-humanos sino seres con libertad que se desenvuelven en torno de conflictos del mundo y que acusan en todo un sello griego primordial. El teatro de Sófocles no aterra a las masas, como el de Esquilo; es natural, da participación a un número mayor de personajes y tiende a una feliz solución final de los problemas que plantea. Contra el espíritu general de "La Orestíada" y, en especial de "Las coéforas", Sófocles sigue en su "Electra" la línea tradicional de los helenos. Orestes y Electra son hermanos unidos en el deseo común de una venganza cuyos más mínimos detalles premeditan; Crisotemis es la hermana muy delicada y femenina que siempre procura atemperar los excesos pasionales de Electra; Pilades, el amigo constante y abnegado que labora en el plan de los hermanos vengadores, etc., etc.

En síntesis: Esquilo y Sófocles constituyen dos aspectos distintos del espíritu de la cultura griega y sus obras trágicas, dos momentos sucesivos en la evolución del género teatral.

CARLOS VELIT.

APUNTES SOBRE LOS PERSONAJES DE LA "ODISEA"

El sentido apolíneo de la vida estructura y fundamenta la creación artístico-literaria del griego. Una línea severa y uniforme, al mismo tiempo que flexible y ágil se presenta como característica de su producción. Por ello los poemas homéricos, preñados de divinidades, de personajes solemnes y humanos ligados en una actitud sincrética la verdadera realidad vital del griego. Traducen un espíritu elevado y sutil, produciendo con su vigor imaginativo y la suavidad de sus metáforas el panorama representativo de los primitivos tiempos helénicos.

En este trabajo se tratará de hacer una sucinta presentación de los personajes de la Odisea, con el fin de señalar algunos rasgos temperamentales, levemente soslayados. La presentación descriptiva de los personajes se acompañan mediante una clasificación previa, según los planos de importancia; para, a continuación, dar una visión tenue de los caracteres comunes a ellos. De este modo la intención de la obra y la psicología de sus personajes se nos revelarán con mayor claridad.

En primer lugar se nos presentan figuras que llamaremos: centrales; luego, otras que denominaremos: secundarias. En estas distinguimos: a) personajes individuales; b) personajes de conjunto.

Figuras Centrales.—En cuanto a estos personajes tenemos: Ulises u Odiseo, Penélope, Telémaco y los Pretendientes.

Figuras Secundarias.—Entre estos señalamos: a) Menelao, Nestor, Nausicaa, Alquinoos, Euneo, Euriclea, Arete, Helena, Filetío, Iro o Arneo, Melantio, Laertes, Demodoco; b) los marinos, (compañeros de viaje de Ulises), los boyeros, los pastores, heraldos, los nestóridas (hijos de Néstor), los servidores.

Los Personajes

Odiseo.—Es el héroe del poema. Su personalidad destaca matices psicológicos llenos del más grande interés. Es el héroe glorioso de Troya, quien se nos presenta dueño de una armoniosa madurez espiritual. Personaje reflexivo, mide en todo momento sus pasos y actitudes, sin entregarse emocionalmente ni en forma alógica a las circunstancias. Postula el tipo del hombre inteligente y perspicaz, lleno de astucia, y variedad de recursos admirables. Ejemplo de ello tenemos en el canto IV, cuando Helena, al referirse a Odiseo dice: “Prodújose él mismo vergonzosas llagas, semejante a un esclavo, entró en la vasta ciudad de los guerreros enemigos a manera de mendicante y muy distinto como solía vérsese junto a las naves acaianas. Así entró en la ciudad de Troya inadvertido de todos...”. Su perspicacia y reflexión se hacen directamente patentes cuando al recibir de la diosa Calipto (que lo mantenía cautivo) la noticia de su partida (ordenada por los dioses) la dice: “De seguro albergas otro pensamiento, Diosa, distinto de este de mi partida cuando me mandas cruzar a bordo de una balsa las inmensas aguas del mar, terribles y espantosas.... No subiré a la balsa, como quieres, si antes por los Dioses juras que no preparas mi desventura y mi perdición”.

Es el hombre que no se apoca ante el peligro; si en verdad sufre y vive en el dolor de la separación e injusticia, muerde estos motivos, los destroza y los resuelve mediante el optimismo de su actitud. Cimenta y realiza una posición humana elevada, sin jactancias divinas ni acentos discordantes. De allí el contraste que producen sus maneras sencillas en medio de su grandeza. Su espíritu se aniña, por decirlo así, y, de manera intermitente, logra conjugar en un acto toda su riquísima subjetividad. Claro ejemplo tenemos en el canto XI, cuando al ver la sombra de su difunta madre exclama: “Y lloré viéndola, lleno de piedad mi corazón...”.

Sus sentimientos se ajustan a una sana moral. Si trama y ejecuta una venganza, lo hace como una reparación a insultos y despojos, reivindicando su honor.

En cuanto a su vigor físico hace gala de su valentía y destreza en la lucha y en los juegos atléticos, como se ve por ejemplo en el canto VIII. No se fatiga en las pesadas y horribles peripecias. Lucha contra los elementos, sorteando con éxito los peligros (cantos IX, X, XI y XII). Es el personaje de la iniciativa, apreciado por todos los hombres y festejado en las ciudades donde llega (canto XI).

Penélope.—Constituye un arquetipo de amor y fidelidad. Ella organiza sus deseos e inquietudes en un afán agudo de felicidad hogareña.

Dueña de una especial sensibilidad, mira la vida como un sobresalto continuo. Anhela el regreso de Odiseo; teme la muerte de Telémaco; pero aún en su desesperación usa de su fina inteligencia, defendiendo en forma denodada su libertad. Es un modelo de virtud, constancia, resignación, altura. Vive su dolor intensamente, pero al vivirlo así, lo nutre de una esperanza optimista en el retorno del ser que anhela.

Telémaco.—No puede dar otra impresión que la del adolescente dubitativo, tímido, sin iniciativa, poco resuelto. Sólo gesticula una audacia, una decisión, cuando es apoyado: sea por la divinidad, sea por algún personaje superior. (Canto II: Palas Atenea; Canto III: Nestor). Se encuentra desconcertado ante el espectáculo que muestran los pretendientes, y no recoge en su espíritu sino el temor (canto II). Pero no por ello es su actitud criticable. Sus pocos años (20) bastarían para justificarla. Sin embargo, en el fondo, anhela una venganza y la reposición de una seguridad perdida. Por eso, cuando encuentra la ayuda y el impulso exterior, halla también la ocasión para actuar.

Los Pretendientes.—Mas que personajes individuales deben ser considerados en conjunto, como un grupo. Hay caracteres comunes que los configuran. Es un conjunto dueño de pasiones morbosas que se nos presentan con mayor o menor fuerza. La tónica se agudiza en Antinoo. Nos referiremos pues a él, para lograr la nota esencial del conjunto.

Antinoo.—Temperamento que hace gala de una ironía mordaz, fogoso, irritable. Se vale de subterfugios para lograr una finalidad ilícita. Un ejemplo típico es el pasaje donde trama la emboscada a Telémaco, cuando éste debe volver del viaje a Pilos, y que él ha logrado saber por habérselo contado el dueño de la nave en que Telémaco hizo el viaje.

Es el prototipo de una juventud demasiado arrogante, que raya en petulancia. Esto lo lleva a la constante gala de su poder y osadía. Encarna una fuerza incontenible de goce, de vanalidad. Lleva una vida regalada; ama el lujo, la riqueza. Utiliza medios vedados e hipócritas, justificándolos como legítimos mediante el sofisma de que él es la víctima verdadera del engaño de Penélope. Signo de ello lo dá el canto II, cuando Antinoo dice: "pues nosotros no volveremos a nuestras labores ni a lugar ninguno mientras ella no se case con el acaieno que eligiere". Violento y orgulloso, tendrá una muerte de acuerdo con su carácter. (canto XXII).

Dando ahora una mirada por sobre los personajes secundarios, se distinguen, como dije anteriormente, dos sectores: por un lado, los de configuración individual; pero el otro, los de conjunto.

Personajes Secundarios de Configuración Individual.—Entre estos destacan Nestor, Menelao, Nausicaa, Alquinoos, Eumeo, Euríclea, Arete, Helena, Filetios, Iro Arneo, Melantios, Laertes, Demodoco.

Nestor.—Llamado frecuentemente el “jinete gereniano”, encarna al anciano experimentado, prudente, quien prodiga consejos e infunde valor. Impulsa a Telémaco a marchar en busca de Menelao; a saber las últimas nuevas de su padre (canto III). En sus últimos años, después de una época de agitaciones, se le ve severo, razonador y medido. Personaje austero, de amplitud espiritual es cortés y hospitalario.

Menelao.—Es otro de los famosos héroes de Troya. Aparece en la obra dueño de una rica y fastuosa mansión, rodeado de servidores (canto III). En él se dibuja al individuo sencillo emotivo; hace contraste con Nestor. Es emocionable, y no olvida los favores que otrora recibiera de Odiseo. En suma, es hombre agradecido, servicial y afectuoso.

Nausicaa.—Mujer delicada y bella, de gran comprensión y exquisitez espiritual. Su bondad la demuestra en la ayuda a Odiseo (canto VI). Es afable y a la vez pudorosa; incapaz de ingresar a la ciudad junto a un desconocido (en este caso con Odiseo). Teme el que dirán. Representa a la princesa joven, lozana, sencilla y bondadosa.

Alquinoos.—Rey de los feacios, poderoso y magnánimo. Es otro de los representantes de la clásica hospitalidad griega. Recibe a Odiseo y procura que su huésped lleve la mejor impresión de los habitantes y jefes del reino (canto VIII). Brinda una ayuda efectiva a Ulises, permitiendo su retorno a Itaca.

Eumeo.—Es el porquero. Servidor fiel, quiere y venera a Odiseo y con él a toda su familia. Por esto odia a los vanidosos pretendientes, contando los abusos que estos cometen (canto XIV). Se siente resentido frente a la injusta realidad en que viven sus amos. Una prueba del amor a Odiseo, se tiene cuando dice: “Así ha perecido dejando a sus amigos y a mí, profunda pena, pues a cualquier lugar que vaya no encontraré un señor tan bueno aún cuando vaya a la casa de mis padres, allí donde nació y ellos me educaron” (canto XVI). Además, es incrédulo de inmediato, pues la experiencia con los hombres lo ha vuelto así.

Euríclea.—Servidora fiel, ya anciana, poseedora de la confianza y cariño de sus amos. Debido a sus años se yergue en consejera y calma el dolor de su ama con sus reflexiones. Un ejemplo nos

traen las siguientes frases dirigidas a Penélope: “Ninfa amada, máteme con el bronce cruel o consérvame en tu casa: pero no quiero ocultarte nada. Yo lo sabía todo y llevé a Telémaco cuanto me ordenó: pan y vino. Pero me hizo que jurara solemnemente, no decirte nada antes del dozavo día, si tu no preguntabas por él... suplica a Atenea, hija de Zeus tempestuosa, a fin de que salve a Telémaco de la muerte.... sino que Odiseo y Telémaco poseerán aún estos elevados aposentos y campos feraces”. “Así dijo y el dolor de Penélope cesó” (canto IV).

Arete y Helena.—Esposas de Alquino y Menelao respectivamente.

Arete es mujer de buen juicio, benévola para con todos, suele siempre resolver las diferencias entre los hombres.

Helena, esposa de Menelao, es una mujer de extraordinaria belleza. Al ser robada por el príncipe troyano Paris, hijo de Priano, dió lugar a la guerra de Troya. Rescatada por los griegos vuelve a Esparta. Se hace presente en el canto IV, durante la conversación entre Menelao y Telémaco. Al bajar de su alcoba, encuentra notable parecido entre el desconocido que conversa con su esposo y el hijo de Odiseo. Al expresar su asombro ante esto, deja escapar frases que denotan un reproche contra las luchas que por culpa suya habíanse originado, al decir: “No creo haber visto jamás nada más semejante ni en hombre ni en mujer; y estoy sobrecogida de admiración al contemplar a este joven tal parecido al hijo del magnánimo Odiseo, a Telémaco, a quien dejó en su casa muy niño, cuando por mi culpa ¡perra de mí! los acaienos fuisteis a Troya a empeñaros en la guerra peligrosa”. Como el pesar devoraba a los presentes ante el recuerdo de Odiseo, después de servir un bálsamo que hacía olvidar los pesares, cuenta como Odiseo penetró en Troya, lamentándose contrita, nuevamente, de aquel pasado que parece agobiarla con su recuerdo.

Filetio.—Es el boyero fiel. Ayuda a Ulises y a Telémaco en los preparativos y matanza de los pretendientes (cantos XXI y XXII). Hombre de confianza, es devoto de su amo y tiene veneración constante por su memoria.

Iro o Arneo.— Mendigo presuntuoso. Se cree dueño de las “migajas” del palacio, por eso lucha con Odiseo al descubrir en éste un posible rival. De Iro se dice en el canto XVIII: “era famoso por su insaciable vientre; pues comía y bebía sin medida; pero no tenía fuerza ni valor, si bien era gallardo y grande”.

Melantio.—Su oficio era el de cabrero. Es un servidor infiel. En una ocasión llegó a provocar a Odiseo. Contrasta con la generosidad y lealtad de Eumeo, Filetio y Euriclea.

Laertes.—Padre de Odiseo. Anciano que se consume en el dolor por el hijo ausente y la esposa muerta. Es sencillo; vive solitario, esperanzado en su cercano fin. No tiene otra inquietud que el amor cada vez mayor hacia el hijo amado, a la vez que un solo deseo: verlo.

Demodoco.—Aeda elegante y gran recitador. Dulce, armonioso. Animaba los banquetes con sus cantos clásicos y divinos.

Personajes de conjunto.—Con relación a los personajes de conjunto o personajes de masa, puede decirse que alcanzan gran importancia. Son como el marco que limita las acciones y a la vez el fondo en que éstas se desarrollan. Dan la tónica del ambiente y el carácter dominante en las diversas escenas de la vida: del mar, del campo, de los palacios; etc.

Los marinos.—Ellos acompañan a Odiseo. Podrían simbolizar la destreza y la sumisión al jefe. No se arredran ante las vicisitudes o los peligros; siguen constantes el fin que se les ha encomendado. Motivo de orgullo para el que los dirige, son leales, fuertes, unidos y diestros.

Los servidores.—Llenan de manera concreta las escenas palaciegas u hogareñas; unos, se muestran indignos; otros fieles; siendo en general serviciales y sagaces. Mientras los que traicionan a sus amos derrochan con los pretendientes las riquezas; los otros, tratan a toda costa de conservarlas.

Los pastores.—Constituyen la nota de alegre sencillez, de vida tranquila, melancólica y monótona. Dan el aspecto campestre y rústico del poema.

Los nestóridas.—Hijos de Néstor, parecen manteniendo la armonía y movilidad del poema. Junto a ellos están los atletas, el pueblo asistente al ágora, etc.

Consideraciones generales.—De esta multiplicidad de caracteres emana una línea melódica común. Tal similitud determinaría más o menos las siguientes peculiaridades:

1) Existe como una regla general la **ARMONIA** en los personajes, quienes no aparecen en caso alguno bajo formas exageradas ni demasiado lánguidas. Por el contrario, la naturalidad y el equilibrio pueblan la obra. No hay afectación, todo se desenvuelve como debe ser: sencillo, natural, armónico.

2) La no-duplicidad de caracteres en el mismo individuo. Todos presentan de principio a fin los mismos sentimientos. Penélope, es siempre la mujer bondadosa y fiel; Ulises, el ingenioso; Telémaco el dubitativo. Nunca se dan cambios psicológicos bruscos.

3) Su carácter humano. Todos revelan una afirmación dentro del campo de la vida. Los individuos no se presentan dueños de caracteres fantásticos, con cierta irrealidad; muy por el contrario,



ellos sienten, quieren etc. Fuera de lo excesivo, viven siempre en lo natural.

Hallan en el poema una atmósfera social, humana, democrática.

4) Igualdad de condiciones en la presentación. Sin rebajar la importancia dentro del argumento, se ven a los personajes correspondientes a diversas esferas sociales. Todos ocupan su lugar correspondiente, sin menosprecio alguno por su rusticidad, sencillez o pobreza. Aspecto que no aparece en la Iliada; poema con sentido más aristocrático. Aquí se infiltra pues, un nuevo sentido de vida rural, de poesía de campo y de ambiente de paz.

NELLY FESTINI YLLICH.

CUALIDADES DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES DE LA "ODISEA"

El ritmo acelerado de la época en que vivimos, nos obliga a solucionar rápidamente nuestros más álgidos problemas. Prueba elocuente de ello son los "alimentos sintéticos" y, en medicina, los globulitos.

Apoyado en estas razones, haré un "ingreso homeopático" en el estudio de los caracteres de los principales personajes de la "Odisea".

Y para ahorrarme, aún más, el trabajo, con gentileza que agradezco, los mismos personajes hablarán de sí, lo que nos dará un conocimiento más cierto de sus caracteres.

Odiseo.— Yo soy Odiseo Laertiáda' nacido en Itaca, la ciudad más dulce que conozco. Tengo fama mundial de ser sabio, astuto, prudente y valeroso. Vencedor en Troya, quise regresar al lado de Penélope, mi mujer, y de Telémaco mi hijo, a los que había dejado de ver durante 10 años. Mas, el destino que los dioses me habían reservado, estaba lleno de sufrimientos, sometiéndome a horribles penas y desgracias que soporté con paciencia y valentía, logrando salvar mi vida gracias a mi sagacidad y prudencia. Pero mis compañeros perecieron todos, precisamente por no escuchar mis consejos. Mi anhelo por volver a Itaca era favorecido por Atenea, la diosa de los ojos claros y era tan intenso en mi corazón que por tornar a élla, negué el amor a la ninfa Calipso que me ofrecía, en cambio, además de sus caricias, la inmortalidad y la eterna juventud. Todas mis aventuras tuve el gusto de referirlas a mi gran y buen amigo Alcino, Rey de los feacios. 10 años duraron mis des-